

Maximiliano Salinas C.



CLOTARIO BLEST

"LOS IDEALES PACIFISTAS Y EL CRISTIANISMO".

En artículos anteriores he tenido la oportunidad, debido a la buena voluntad de EL SIGLO, de dar a conocer, aunque brevemente, los ideales y principios que inspiran la acción de los Partidarios de la Paz, dirigidos por el Consejo Mundial de la Paz, que preside la figura de relieves mundiales que es el señor Frederic Joliot-Curie.

Quien de buena fe y correcta voluntad considere la acción de este Consejo y sus principios inspiradores, no puede dejar de reconocer su bondad y el esfuerzo enorme que se ha hecho por aminorar la tensión de odios en el mundo y el amplio campo que se ha abierto para el arreglo directo de todos aquellos conflictos internacionales que pudieran haber acarreado al mundo negros días de aflicción y de muerte. No creo que pueda existir nada más concordante con el cristianismo que esta posición de los Partidarios de la PAZ.

Toda la vida del fundador del cristianismo, llámese éste catolicismo o protestantismo, no fue otra cosa que una continua y permanente predicación con la palabra y el ejemplo de la FRATERNIDAD de los hombres. Jesús resumió su doctrina en una frase brevísima: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo". Estas sencillas palabras, sin complicaciones teológicas, resumen toda la vida del cristiano auténtico.

El amor a los semejantes, nacido de la íntima convicción de la común paternidad de Dios, es el más sólido principio de la PAZ individual y colectiva.

Tan capital importancia tenía este concepto entre los primitivos cristianos, que la contraseña de ellos para conocerse en el mundo pagano era un PEZ, símbolo de la palabra PAZ. El saludo de los cristianos de aquella época heroica era la frase LA PAZ SEA CONTIGO. Jesús al nacer en el humilde pesebre de Belén, fue recibido por una legión de espíritus celestiales que cantaban "Gloria a Dios en las alturas y PAZ en la tierra a los hombres de buena voluntad". Jesús antes de partir de esta

tierra dijo a sus apóstoles y discípulos: "La PAZ os doy, la PAZ os dejo". Todo en el cristianismo primitivo respiraba este concepto de PAZ. A ningún cristiano le era permitido odiar a su prójimo hasta el punto que Jesús nos dice en uno de sus sermones: "Más yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian" (Mateo V, 44). ¿Puede existir doctrina de mayor perfección humana que la encerrada en estas frases? Son duras y difíciles para la naturaleza humana; pero de la más sublime enseñanza de amor fraterno que jamás hayan oído los siglos y los pueblos. En otro de sus discursos, Jesús nos da la más grande norma de economía en el trato de los hombres: "Y lo que quierdes que hagan a vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros a ellos" (Lucas VI, 32).

Todos estos fundamentos de la doctrina cristiana pueden ser perfectamente el fundamento doctrinario y ejecutivo de los Partidarios de la PAZ. Mal hacen, por lo tanto, aquellos que maliciosamente tratan de ver contradicciones entre el cristianismo y nuestra actitud como miembros de esta organización internacional. Peor proceden aquellos que sectariamente tratan de calumniar nuestra actitud, diciendo que el Consejo Mundial de la PAZ es un organismo que obedece consignas de carácter político partidista en el orden internacional. Nada de eso existe. Por el contrario, sólo desean los dirigentes de este movimiento y todos sus miembros que este esfuerzo pacifista tenga por origen a hombres de todas las religiones, de todas las razas y de todas las condiciones. La universalidad de este sentimiento de PAZ será el que impondrá la PAZ entre los pueblos.

Los cristianos debemos cooperar sincera y lealmente en esta acción eminentemente cristiana.

"EL VERDADERO CONCEPTO DE LA PAZ".

"Bienaventurados los PACIFICOS, porque hijos de Dios serán llamados" (Mateo, V, 9).

Al leer en el retiro de mi relegación en el pueblo de Molina, la obra de que es autor Boris Simon, intitulada "Los Tra-

peros de Emaús", no he resistido al deseo de hacer algunas reflexiones en alta voz de algunos de sus pensamientos matrices encendidas de verdadero y auténtico "cristianismo". Estos conceptos se refieren a lo que debemos entender por "PAZ", los cristianos y el mundo sin barreras artificiales creadas por una diplomacia trasnochada y sectaria, y antes que todo egoísta.

El protagonista de la obra, el Abate H.A. Greues-Pierre dice, al referirse a este problema:

"Los amos del mundo sostienen que lo que al final de cuentas vale en la vida es la comunidad toda entera, el universo en su plenitud, pero todos, abiertamente o en secreto, piensan que eso debe realizarse por el SACRIFICIO DE LOS DEMAS.

Pobre del hombre que —como Cristo, Tolstoi, Gandhi— atrevidamente se levanta y sin miedo recuerda a la humanidad que la alegría y el goce universal se engendran por el SACRIFICIO DE SI MISMO y no por el de los demás; a ese tal se le hace burla, se le insulta, se le escarnece y para terminar no se cree puedan librarse de él sino matándole...

La guerra no proviene de la diferencia que existe entre los hombres o entre los pueblos, sino de lo que tienen de semejante y de falso...

Tampoco la PAZ puede surgir de la violencia movilizadora para cambiar a los demás, sino de la violencia que hagamos contra nosotros mismos, y de la dedicación verdadera y total de sí mismo —y esto no puede lograrse sin violencia— al servicio y bienestar de TODOS...

"Abnegación de los individuos y de las naciones...

Búsqueda de trabajos, no de ventajas...

Consentir en la limitación mutua de las independencias y soberanías y primeramente de las soberanías económicas, territoriales e ideológicas..."

Esta luminosa página se encuentra sintetizada en aquella Bienaventuranza proclamada por Cristo como un reto al mundo Romano de su época: "Bienaventurados los PACIFICOS, porque hijos de Dios serán llamados".

Cristo nos dijo: Bienaventurados los Pacíficos que creyeren en mí; sino que habló a los hombres todos de su época, y de todas las épocas, sin distinciones de credos políticos, religiosos o filosóficos. Todos aquellos que aman, anhelan y trabajan por la PAZ —los pacíficos— serán llamados hijos de Dios. La distinción y categoría superior más grande a que ser humano pueda aspirar.

Molina, Junio de 1957.

“INGENUIDAD”.

Un diario de la capital utiliza muy a menudo este término para referirse a mi modesta persona, lo que me da la impresión de que no conoce su verdadero significado, porque si lo entendiera no lo utilizaría, ya que supongo que lo hace para molestar-me; en cambio, el fenómeno que me produce es a la inversa. Pero lo que me preocupa es que sectores que se dicen “cristianos”, aún permanezcan tan ciegos y obcecados en su posición sectaria e intransigente al referirse a los problemas de la PAZ. Las relaciones internacionales ya no pueden apreciarse o juzgarse con el criterio de hace 30 o más años. El mundo ha vivido y vive demasiado febrilmente para poder enfocarse en fórmulas estereotipadas que ya nada significan. El propio Pontífice Pío XII habla otro lenguaje en lo humano y transitorio, muy distinto al que hablaban Pío IX, Benedicto XV y Pío XI.

Si al periodista de marras no le agrada que los “ingenuos” hablemos de PAZ, la humanidad no desea otra cosa que PAZ. La PAZ no es patrimonio, ni monopolio de ningún sector determinado. Allí donde existan “hombres de buena voluntad” o “ingenuos”, allí podrá lucharse y trabajar por la PAZ.

No creo que nadie que tenga cierta noción de la “realidad” mundial actual, pueda afirmar que sea posible prescindir de la Unión Soviética para alcanzar por lo menos una tregua pacífica en medio de la guerra fría en que vive el mundo desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Por el momento las na-

ciones que poseen las apolípticas armas atómicas son las que, en primer lugar, tienen la palabra en este gravísimo problema de la PAZ.

En los próximos días deberá reunirse en Colombo, Ceylán, una conferencia de estos "hombres de buena voluntad", o "ingenuos", para iniciar una campaña universal por la PAZ del mundo. Al considerar este hecho, mientras las grandes potencias realizan los más atrevidos experimentos de armas atómicas, no podemos menos que recordar una página del libro "Los Traperos de Emmaus", que dice: "Pobre del hombre que (como Cristo, Tolstoi, Gandhi) atrevidamente se levanta y sin miedo recuerda a la humanidad que la alegría y el goce universal se engendran por el SACRIFICIO DE SI MISMO y no por el de los demás; a ese tal se hace burla, se le insulta, se le escarnece y para terminar no se cree puedan librarse de él sino matándolo". Estas palabras magníficas coinciden plenamente con el profundo significado de aquella inmortal Bienaventuranza que Cristo proclamó al mundo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

Necesitamos de muchos "pobres de espíritu", o "ingenuos", para imponer la PAZ en el mundo, en contra de la truhanería diplomática.

Molina, 5 de junio de 1957.

"LAS ENSEÑANZAS DE GABRIELA MISTRAL".

El mejor homenaje que podemos rendir a la gran maestra que ha traspasado los umbrales de la eternidad, nuestra Gabriela Mistral, es el de escuchar, sencilla y humildemente, como ella vivió y murió, sus enseñanzas contenidas, más que en su maravilloso verbo humano que la ha inmortalizado entre los mortales, en su vida pura y diáfana; es el de aprender sus enseñanzas, dictadas desde su cátedra de verdad y justicia.

Las rebuscadas expresiones y los ditirámicos conceptos no caben ante la maestra de la sencillez y de la expresión ve-

rídica. Fue humilde como su maestro Jesús y sencilla como su padre, Francisco de Asís. Siempre huyó del halago y la alabanza barata. Abominó de los incondicionales y lacayos del Poder. Supo hermanar la dignidad de su extraordinaria personalidad con la humildad de los genios que evidencian y palpan lo poco que somos ante la grandeza de Dios y de la naturaleza.

Cómo habría repudiado, nuestra excelsa y amada Gabriela, los oropeles oficialistas de los homenajes póstumos que hoy se le tributan. Conociendo su espíritu en sus admirables estrofas, imaginamos una ofensa a su grandeza cristiana, tanto alboroto y tanta vana pompa de coronas y tributos materiales. Sus enseñanzas, de una espiritualidad sobrehumana, deben servirnos para sacudirnos, algo siquiera, de tanta superficialidad, de tanto egoísmo, y de tanta absurda soberbia. La generación actual, que todo lo valora en bienes económicos y nada en bienes del espíritu, debe reaccionar si no quiere perecer revolcándose en su propio estiércol.

La vida de nuestra Gabriela Mistral, como la vida de todos los que anhelan elevarse por sobre la charca, fue una vida de sacrificio y de esfuerzo. Atacada por la nata de mediocres que pululan como ratas en ministerios, oficinas, Parlamento y estrados judiciales debió, muchas veces, sufrir la injusticia, la subestimación y hasta la condenación de los escribas y fariseos de nuestra época. Pero su auténtica y recia personalidad de extracción auténticamente criolla, supo siempre triunfar e imponerse. Momentáneamente vencida a veces, a la postre la fuerza de su vida, colmada de virtudes, principios e ideales, supo siempre triunfar, aun bajo el concepto simplemente humano de la vida.

Su avasalladora personalidad no existió tanto en sus maravillosos poemas, que mientras exista habla castellana serán el regocijo y la admiración de los corazones puros, cuanto en su contextura espiritual, en su comprensión, en su bondadosa piedad hacia el dolor y la muerte.

Gabriela Mistral pertenece al pueblo, a nuestro maravilloso pueblo, es su extracción más típica, por eso es amada y reve-

renciada por todos. Ella supo interpretarlo, ella encontró esa veta maravillosa, ese filón de oro y diamantes que, oculto en la masa anónima, es la única, la auténtica riqueza de esta patria nuestra: nuestra alma proletaria, humillada y escarnecida por los déspotas de esta tierra; pero siempre pura y grande para erguirse en el momento del sacrificio y la dura jornada heroica.

Este pueblo, con palabra sencilla, tributa este homenaje a Gabriela Mistral y sabrá reencontrar su camino, reivindicando para sí, su verdad y su justicia.